

ANA MAÑERU MÉNDEZ

**Presentación del libro "No creas tener derechos"
de la Librería de Mujeres de Milán, en la tertulia
organizada por la Plataforma Autónoma Feminista de
Madrid el día 2 de febrero de 1995.**

Mi interés en presentar este libro coincide con el de sus autoras y responde al deseo de poner en palabras mi relación con otras mujeres, de sacar a la luz su verdadero sentido y darle nombre: genealogía. Como ellas, yo también estoy viendo tomar forma una genealogía femenina, y participo en la salida al mundo de unas mujeres legitimadas por la referencia a un origen femenino. A mí también me emociona este hecho y espero que tenga el resultado de ser inscrita, yo misma, en una generación de mujeres.

Comparto con las autoras el descubrimiento de que la búsqueda de referencias simbólicas ofrecidas por otras mujeres es muy antigua y para ello me han resultado imprescindibles los trabajos y las reflexiones de las historiadoras Ana Vargas y Milagros Rivera.

También hoy, para mí, y me expreso con palabras de las autoras, tener interlocutoras magistrales es más importante que tener derechos reconocidos. Una interlocutora es necesaria si una quiere articular la vida propia en un proyecto de libertad femenina. La mente de la mujer sin adscripción simbólica tiene miedo. Se encuentra expuesta a hechos imprevisibles, todo le sucede angustiosa e incomprensible.

mente deprisa, con ruido y violencia, de fuera a dentro. No son las leyes ni tampoco los derechos lo que dará a una mujer la seguridad que le falta. Una mujer sólo puede adquirir la inviolabilidad con una existencia proyectada a partir de sí misma y garantizada por una sociedad femenina.

Por eso adopto el nombre, el significado y la práctica que en "No creas tener derechos" se da a una determinada relación entre mujeres. Una relación que para mí antes no tenía nombre aunque existía y existe. Un modo de relación, la relación de *affidamento*, que cuido de manera especial porque constituye para mí una fuente insustituible de fuerza personal, de originalidad mental y de seguridad en la sociedad. Una relación que me orienta en el mundo, favorable para mí y para mis semejantes, por la cual ahora sé que han trabajado mujeres desde los tiempos más antiguos.

Es sorprendente descubrir cómo somos educadas hasta los niveles que se consideran socialmente más elevados, refinados y completos con una carencia básica que nos imposibilita instalarnos con seguridad en el mundo: la de saber cuánto vigor mental podemos conseguir cada una de nosotras a través del trato con nuestras semejantes, a través de nuestra frecuentación.

Yo puedo saberlo ahora frecuentando a las escritoras que han elegido nutrirse de la palabra de otras mujeres como es el caso para mí de Jane Austen o de Emily Dickinson. Estas son para mí madres simbólicas. Creo que también podemos saber la fuerza que nos otorga el origen femenino de la madre real de cada una de nosotras, porque de ella nos viene la idea de una grandeza posible del sexo femenino. Aunque a veces nos resulta difícil comprenderlo, de ella nos viene la primerísima ingenua idea de grandeza que casi siempre en vano le hemos pedido que nos confirmara. Todo ello a pesar de que, la mayoría de las veces, ella no había tenido ocasión de saber nada o lo sabía de una manera tan caótica que solo aumentaba nuestras dificultades. Pero para toda mujer que viene al mundo, la primera y natural mediadora debería ser la madre si no hubiera

interferencias que lo impiden o tratan de impedirlo. De hecho, ella, a menudo, no consigue serlo, porque intimidada por la autoridad masculina, paterna, del marido o del hijo varón, es usada por los hombres según sus exigencias.

El *affidamento* es la práctica social que rehabilita a la madre en su función simbólica de restablecer la relación entre las mujeres, de restablecer su genealogía, rota una y otra vez de modo que confunde su origen femenino y su grandeza. En este sentido, el *affidamento*, además de una propuesta política o una elección personal sobre el modo de instalarse en el mundo es la reparación femenina de la grandeza materna y el fundamento de una autoridad social femenina.

Esto significa ir más allá de los marcos patriarcales en los que nos movemos cuando reivindicamos más derechos sin poner en cuestión el derecho o cuando buscamos la igualdad sin preguntarnos a qué queremos ser iguales y no sólo si esto es deseable para cada una, sino simplemente si es posible, que no lo es.

Por eso entiendo ahora bien que en las sociedades de la emancipación se han ampliado los límites que estaban impuestos a la libertad femenina, pero no se ha incrementado la energía para hacerlos realidad o que, incluso en las sociedades de la emancipación se actúa contra la matriz de la fuerza de la mujer. Lo que parecen avances muchas veces están reforzando la lógica neutro masculina en la que nos movemos.

Por eso, en ocasiones, basta el transcurso de una generación o un simple cambio de gobierno o una ley, para que parezca que se ha perdido la matriz de la fuerza femenina. Pero no es así, luego, en otras circunstancias, bajo otras modalidades vuelve a aparecer, a rehacerse, porque su fuente es otra que nada tiene que ver con el desorden imperante para las mujeres. La fuente es la necesidad, que existe y se manifiesta de formas diversas, de encontrar una mediación fiel entre cada mujer y el mundo; la necesidad de cada una de encontrar una igual o varias que sirvan de espejo y término

de comparación, otra, otras, que hagan las veces de intérpretes, de defensoras, de juezas en los contratos entre cada una y el mundo.

He leído tres veces este libro. La primera de ellas por confianza intelectual y vital en Ana Vargas que me había sugerido su lectura en 1991.

Cuando algunas de sus autoras vinieron a Madrid a presentarlo, mantuve ciertas reticencias ante su discurso, el contenido y la forma de su intervención. Ahora considero que el contenido iba mucho más allá de lo que yo había sido capaz de pensar explícitamente hasta entonces y esos márgenes inexplorados me hacían temer que se tambalearan argumentos y convicciones que tanto me había costado adquirir y mantener. La forma de presentarse y de exponer su trabajo no era vehemente ni combativa, simplemente mostraban, y esto yo lo interpreté entonces como distancia, desinterés o incluso desprecio hacia lo que pensábamos otras mujeres, concretamente las que estábamos allí escuchando.

Más tarde tuve ocasión de asistir a una cena con Clara Jourdan en la que yo le pedía "soluciones" a lo que consideraba los principales problemas de las mujeres: la discriminación laboral, las agresiones, la violación, la prostitución, la falta de poder político, económico y social. Ella respondía que no estaba hablando de eso, hablaba partiendo de sí y, aunque consideraba esos problemas, hacía hincapié en que su atención se centraba en la reconstrucción de una genealogía femenina y en la realización de sus deseos, para lo cual necesitaba mediación femenina. Ahora entiendo lo que quería decir, pero yo no estaba acostumbrada entonces a definir las cuestiones que deseaba abordar en cada momento, más bien aceptaba que debía interesarme por los problemas que estaban definidos socialmente como los más importantes, muchos de ellos lo son, pero ahora pienso que no es por ellos por dónde debo empezar.

Todavía asistí a otra cena en la que también estaba Clara Jourdan y ese día reconocí que yo había empezado a otorgar autoridad a sus

palabras a pesar de que mantenía una actitud defensiva en mi interior. Ahora interpreto que pretendía hacerle pasar algo parecido a un examen de "ortodoxia" que hoy me resulta incomprensible y ajena. Espero poder encontrarla otra vez para reirnos juntas de aquel desencuentro.

En ese tiempo, las lecturas de textos de Milagros Rivera y Luisa Muraro me hacían entrever un horizonte de pensamiento que no había imaginado hasta entonces y en el que hoy me encuentro. *Textos y espacios de mujeres* fue para mí un libro decisivo que me hizo volver a *No creas tener derechos* y a nuevos textos publicados en la revista *Duoda*, del Centro de Investigación de la Mujer de la Universidad de Barcelona, así como a las ponencias que presentaron Anna María Piussi y Marirí Martinengo, en Madrid, en unos encuentros sobre la Pedagogía de la diferencia sexual, a los que me invitó Carmen Pino en abril de 1991, y a los que asistí sin comprender muy bien su contenido, porque de alguna forma mantenía una actitud de sospecha hacia quienes yo sentía como una amenaza que iba a hacer tambalearse mis quince años de feminismo.

Después de la segunda lectura de *No creas tener derechos* que esta vez había leído de un tirón subrayándolo y volviendo atrás una y otra vez, reconocí muchas vicisitudes comunes a mi experiencia con otras mujeres en el Colectivo Feminista a Favor de las Niñas y en la Plataforma Autónoma Feminista, desde su creación en 1980 y 1988, respectivamente.

Además recordé entonces que en 1986 había llegado a mis manos una traducción al castellano del *Sottosopra verde "Piu donne que Uomini"* traducido por una mujer a quien no conozco, pero a quien agradezco desde aquí su trabajo nombrándola: Simone Zimmerman. El texto me produjo una sensación mágica y me pareció un tesoro, aunque no alcanzaba a comprenderlo, por eso lo guardé de forma que hace algunos meses he podido encontrarlo otra vez.

También por entonces Belén Nogueiras había estado en Italia y me

contó que allí algunas mujeres hablaban del Pensamiento de la diferencia sexual. Por un prejuicio interpreté que se refería a lo que aquí entonces se etiquetaba como el feminismo de la diferencia, identificado como un modo de esencialismo del que yo sin más indagaciones renegaba sin someter a crítica la propia categorización. Todo ello quedó guardado en algún rincón de mi pensamiento y entre mis papeles. Y ahora lo recupero.

Recientemente, en julio de 1994, he tenido la oportunidad de participar en un encuentro sobre las relaciones de *affidamento* y la autoridad femenina con Lia Cigarini que Ana Vargas y Milagros Rivera hicieron posible. Para entonces comenzaba a apasionarme por una forma de mirar la realidad a la que no me había atrevido antes y este encuentro me instaló con mayor seguridad en esta mirada y también en el mundo. Mis relaciones con algunas mujeres tanto en mi trabajo profesional como fuera de él se han visto reforzadas y enriquecidas en este período, especialmente con Ana Vargas, Gloria Sánchez, Carmen Delgado, Ana Lozano, Carmen Tejedor, Marta Holgueras y Milagros Montoya. La sabiduría de cada una es para mí una fuente de placer y de conocimiento inagotables. Con otras muchas mujeres comparto vivencias y conocimientos interesantes, pero de los que estoy hablando aquí, los he adquirido de forma muy concreta con quienes he nombrado.

Para preparar esta tertulia, he vuelto a leer estos días *No creas tener derechos* y el relato de mi proceso personal de acercamiento a esta obra y al pensamiento y la práctica que expresa, quedaría incompleto si no hiciera público mi reconocimiento a sus autoras que al poner en palabras su experiencia, hacen circular la autoridad femenina.

Por su mediación, he adquirido un nuevo sentido de la historia que me incluye a mí y a las otras mujeres y que no nos añade como fruto de una reivindicación, reivindicación de presencia que a pesar de ser cuando menos justa, para mí, ahora, ya no tiene sentido ejercerla en términos de equiparación.

Sus descubrimientos, que han puesto a mi alcance ponen orden en el mundo y por tanto en mi vida y me ponen a mí en situación de realizar otros descubrimientos.

Como ellas hacen, he comenzado a poner nombre a cada una de las relaciones que mantengo con las mujeres concretas con quienes me relaciono.

Antes sabía, pero no comprendía, que la Humanidad es sexuada y el mundo es uno, por tanto la política, la educación, la sexualidad, la ley, el lenguaje son uno por mucho que se haya tratado de borrar el orden simbólico femenino y de negar la existencia libre de cada mujer. No comprenderlo me hacía moverme en esa miseria simbólica y social que nos lleva a hablar de igualdad de oportunidades (las mismas que) o de complementariedad (lo que le falta a algo), no lo propio de ser mujer, algo que es innegablemente por sí misma.

Entiendo ahora que no se trata de avanzar en la conquista de la libertad sino de ser libre y para ello necesito buscar los referentes femeninos que me generan libertad.

Siento la necesidad de hablar en primera persona sin representar a nadie.

Disfruto de los espacios de libertad que tengo y que tienen otras mujeres.

Doy autoridad a otras mujeres y asumo la que algunas me otorgan.

Me pregunto por mis deseos y trato de realizarlos.

Celebro la libertad de cada mujer, pero no espero "la liberación de las mujeres" para hacer efectiva la mía, porque ésta es la que está en mis manos realizarla y de ella depende mi felicidad y mi bienestar en el mundo, y no como un proceso sino como algo que es o que no es para mí y, así, para cada mujer.

Tengo cerca, cultivo y busco la relación con otras mujeres que me dicen sigue, cuando les pregunto qué hacer si dudo, como le dijeron a Hilda Doolittle.

Al final de "No creas tener derechos", sus autoras dicen:

"Muchas veces en nuestra política y en este libro, nuestros razonamientos han terminado con el descubrimiento del sentido de cosas que ya teníamos delante.

Más vale así, porque saber leer lo que hay es más importante que proyectar cambios y los mejores proyectos son los dictados por las cosas, cuando se comprende qué quieren decir".